



Comisión 6

Índice

1. La frustrada surfer. Joaquín Abaca
2. La última luz. Nayade Castillo
3. Con la pureza, la divinidad. Gina Fantino
4. Está ahí, inclusive en los sueños. Gastón Nahuel Franco
5. La desaparecida. Ariana Montenegro
6. Simplemente solo. Alba Montiel
7. El choque con uno mismo. Juan Augusto Nievas
8. La discriminación como arma mediocre. Agustín Parini
9. Aunque no lo crea, usted ha logrado mucho. Germán Petroselli
10. Un círculo sin fin. Martina Polín
11. La primera vez. Luisana Suárez
12. De profecías a realidades. Ileana Vallejos
13. Encuentro lejano del soviético tipo. Nahuel Verón
14. Una carta de lágrimas. Alan Zárate

La frustrada surfer

Joaquín Abaca

Luego de estar cinco horas inconsciente, Jennifer despertó encadenada y detrás de unas rejas. Comenzó a gritar desesperadamente, sin entender la razón de porqué se encontraba allí, y quienes la habían dejado en esa situación.

Jennifer vio bajar a un hombre por las escaleras dirigiéndose hacia a ella, que le explicó que él pertenecía a un grupo narcotraficante de Brasil, con el cual su padre realizaba negocios. Esos negocios se dieron hasta que él decidió estafarlos y escaparse sin dejar rastros. Los secuestradores pedían algo simple: que el padre de Jennifer se entregara a cambio de la vida de su hija.

El padre de Jennifer, Martín Amiston, ya había sido denunciado varias veces ante la justicia, imputado por causas de robo, estafas, tráfico de drogas y un presunto homicidio. Tantas “medallas” lo habían dejado en el puesto de los más buscados del año 2016 de la Argentina. El famoso delincuente, que parecía no tener sentimientos -nadie le importaba-, se estremeció al recibir el llamado que le informaría sobre el estado de su hija, esa pequeña mujer con sueños de llegar a ser la mejor surfista del mundo. Luego de esa llamada, Amiston decidió entregarse y darle así la preciada libertad a su hija.

En la mañana de un lunes 16 de Junio del 2018, la policía halló el cuerpo de Martin Amiston en las afueras de un descampado, y su cuerpo parecía dar muestras que de todo se trataba de un ajuste de cuentas.

La última luz

Nayade Castillo

Comencé a sentirme intimidada, pero de una forma particular. Estaba nerviosa, como si tuviera 15 años otra vez. Ella se acercaba a mí con esos hermosos ojos brillantes, llenos de vida. Sentí sus labios y fue como mi primer beso, inocente, con sus sensaciones nuevas. La vida misma se me complicó por un momento, sentí preocupación por los sentimientos que tenía hacia ella y por el qué dirán. Pero eso fue desapareciendo cuando me sentí en un amor libre.

Empezó con mensajes, no recordaba emocionarme así, por algo que ella describiera para mí. La recuerdo divertida, soñadora, con emociones por la vida. Cuestionaba todo a su alrededor, tenía luchas porque un mundo retrógrado y machista no nos entendía, no tenía miedo con ella. Se la quería presentar a toda mi familia sin importar lo que dijeran.

Me enamoré, éramos felices. Un día tuvo que viajar para apagar las grandes luchas que había por la igualdad de género; todo salió bien. Esa misma noche, salió a festejar. Me sentí orgullosa, así que quise darle una sorpresa: terminé de trabajar e inmediatamente, hice las maletas y fui a verla. Llegué a su hotel y la esperé.

Pasaron horas y su celular no funcionaba. Me decidí a buscarla. Fui al hogar donde había salido a festejar. Encontré en la calle sus documentos; fui a la policía y no me dieron ayuda. Llamé a su madre y a sus amistades, pero con ellos no estaba. Estaba en un hospital. Fui lo más rápido que pude, la encontré en la cama débil, con tubos en el cuerpo. Me imaginé lo peor y lamentablemente acerté, la habían violado.

Después de todo ese incidente y lo trágico que lo conlleva, a pesar de que pasarán años, ella tenía una sombra creciendo lentamente. No era lo misma, estaba muerta por dentro, sus ambiciones, sus sueños, todo era como si se hubiera desvanecido. Trataba siempre de levantarle el ánimo y estar con ella, día a día, pero llegó el día en que ella tomó una decisión, ya no estaba muerta por dentro, sino también por fuera.

Con la pureza, la divinidad

Gina Fantino

Al cerrar los muros. Virginia creía que toda su ayuda hacia el fantasma había terminado, pues, ya se encontraban en el jardín por el pecado; aquel jardín que le otorgaría el descanso sin fin, con el que todos especulamos alcanzar. Pero al parecer la “salvación” no terminaría con el simple hecho de llegar hasta allí. La joven, tan joven como ingenua, terminó casi a los tumbos por comprender que la entrega de su pureza y nula experiencia en la materia de amar, sería la que concedería la paz anhelada del fantasma por toda una eternidad.

Ella, sin comprender con exactitud el porqué, se sentía infinitamente atravesada por la infelicidad de este monstruo, y tal era esa conmoción, que había llegado a

considerar entregarse en cuerpo y alma para que aquel antiguo hombre, víctima de la penumbra, alcanzase la divinidad.

Poco a poco, aquella niña con ambiciones de mujer, comenzó a intimidarse pero a su vez a desvergonzarse, hasta que, con una mirada fija y penetrante, los inmensos ojos de Virginia invadieron la vista nula y vacía de ese fantasma, quien respondía extasiado, con todo su amor disfrazado de deseo.

No quedaba palabra por mediar, ni acción por consultar, ya ninguno de los dos podía soportar las ganas de arrancarse sus ropas y sus miedos. Fue así, como ambos comenzaron a rozar su piel junto a la piel del otro, y cuidadosa pero desesperadamente fueron quitándose todo aquello que les sobraba.

Sin mayores interrupciones, ni tantos detalles que cuidar, él la tomó por sus caderas con el cariño que caracterizó su historia, cubrió por completo su cuerpo con la boca, dejándola expresarse pura y exclusivamente con la mordedura de sus labios, y así, juntos, dieron por hecho lo que sería la liberación del fantasma de Canterville.

Está ahí, inclusive en los sueños

Gastón Nahuel Franco

Manuel se encontraba viajando en el último vagón del tren de las 19:30 horas. Su día había comenzado a las cinco y cuarenta de la mañana para asistir a la Facultad, posteriormente a su trabajo de servicio técnico.

Más allá de sus esfuerzos fue vencido por el sueño, ya que había poca gente se animó a recostarse sobre un asiento un tanto largo.

Pasaron horas, despertó con el corazón acelerado, alertado, asustado por el grito que lo había levantado de su siesta. El tren estaba detenido en una estación, no había corriente eléctrica, ni personas a la vista. Sola la luz pálida de la luna podía hacer distinguir un objeto del otro.

En esos minutos de desconcierto, más calmo, palpó su bolsillo del pantalón con la mano izquierda en busca de teléfono móvil. Esta acción fue en vano, debido a que se había quedado sin batería. Por dentro, muchas preguntas en su mente pero pocas certezas lo invadían, ¿Que había ocurrido? ¿Qué era ese grito que lo

despertó? Decidió bajarse del vagón, la estación estaba en una situación de abandono, los carteles repletos de telarañas y había papeles tirados en el suelo.

Caminó hacia donde estaba la puerta principal al salón, y vio el mismo panorama de la estación. Parecía la escena de una invasión zombie de las películas norteamericanas.

De pronto, le llamó la atención una casa que tenía la puerta entre abierta, pensó que no tenía nada que perder. Entro con la ilusión de encontrarse con una persona que pudiese responder sus interrogantes. Una mano lo tomó del brazo desde atrás, y en ese preciso momento fue cuando despertó, aún le quedaba un recorrido hasta su casa. Su fobia a estar solo había dominado su mente, y a pesar de su pesadilla lo único que quería era bajarse del vagón.

La desaparecida

Ariana Montenegro

Entraban de los amplios ventanales una suave luz de mañana, mientras que en el ambiente persistía un aroma a café.

Luciana se encontraba arrimada a la gastada mesa de madera, y golpeaba con sus uñas oscuras la superficie.

—¿Todavía no sabes nada de ella—revolviéndose el pelo corto, impaciente.

—No, la sigo llamando, pero parece que tiene el celu apagado- Suspiró Camila y volvió a marcar de forma apresurada.

—¿Están seguras de que no se fue con alguien más?— Decía Elías mientras se acercaba a la mesa y repartía las tazas. —Me pareció que se había ido con los chicos del tercer piso- Agregó luego.

—También les mande a ellos, pero me dijeron que la única vez que estuvieron con ella fue en el estacionamiento.

—Me preocupa. Suele avisar si se va a algún lugar sola.

Luciana miró hacia afuera con aire ausente.-Le mande para vernos hoy a la tarde y tampoco me contesto. ¿Y si le pasó algo?

—Capaz que ya no daba más y se fue al departamento antes.

Camila se llevó la humeante bebida a la boca

—Estuvimos como locos toda la noche, yo apenas me pude levantar.

Elías se levantó y tomo su mochila.

—Voy a ir a su casa a verla. Si su hermano se entera de esto de mata.

—Tengo que ir a trabajar chicos— dijo Luciana mientras se ponía su campera. —

Cualquier cosa, ¿Me avisan?

—Sí, no hay problema.

La puerta se cerró y Camila se quedó sola.

Sacó sus libros y apuntes, intentando leer algo, pero le era imposible concentrarse, siempre pendiente de su celular.

Cuando de pronto, el mismo, vibró.

-¿Si?

-Cami, estuve un rato largo llamando, pero no me contestó nadie.

(Se produjo un largo silencio)

—¿¡¡Camila!!?

—Sí, te escucho.

—Ninguno de sus vecinos la vio entrar— dijo Elías mientras su voz se quebraba.

Camila cerró los ojos y dijo-No debimos haber salido nada.

—Seguiré preguntando por acá, pero si esto sigue así...Tendré que llamar a la policía.

—Está bien, También la seguiré llamando, te corto...Adiós.

Camila apoyó su cabeza entre las manos y volvió nuevamente a marcar, pero ahora con una presión en el estómago.

Simplemente solo

Alba Montiel

¿Fobia, un sentimiento complicado o solamente ir cada vez más bajo con pensamientos negativos?

Arrancar pensando que hacés algo mal en tu vida, que tuviste actos que molestaron a los demás y por esto tenés la consecuencia de estar pasando por este momento.

De un principio la “salida” que se elige puede ser hacer algo fuera de lo normal para esquivar esto y no sea peor, como caminar, hacer algún deporte, leer un libro,

ponerse a estudiar, mirar una película, serie o simplemente videos, escuchar música, limpiar la casa, cocinar y podemos nombrar mil cosas más para distraerse. Podés estar rodeado de gente pero simplemente sentirte así, y estar nervioso sin saber qué hacer, estar hiperactivo, fumar, comerte las uñas, sentir todo lo negativo, lo más mínimo que le pasa aunque no sea mucho el problema con sus pensamientos se junta todo lo malo y se convierte en un mal día. Es así como se deprime, llora, duerme, no come por angustia, comienzan los dolores en la cabeza y luego en todo el resto del cuerpo.

Siente que todo va a seguir igual, que no va cambiar, que no hay solución, decaído y sin ganas de nada, lo que pase es razón para sentirse más solo y deprimido, simplemente solo.

El choque con uno mismo

Juan Augusto Nievas

Uno puede pensar que no todos tienen fobias, que hay gente a los que nada les puede provocar miedo ni pánico. De acuerdo con mi manera de ver a las personas, todos tienen algo que les hace fóbicos, que les genera terror y que denota cierta debilidad en cada uno de nosotros.

Juan, un gran amigo mío, pensaba lo contrario. Se consideraba una persona sin miedo

Alguno. Hasta que cierto día, esa visión sobre su persona, se cayó a pedazos.

Esto que ahora les voy a contar, ocurrió un buen jueves por la tarde mientras llovían en pleno Julio. Juan se encontraba entrando a su casa, luego de una larga jornada escolar, cuando su madre le pidió que se ponga los guantes, tome una bolsa y vaya a limpiar las canaletas del techo. Esta era una tarea que nunca había hecho antes, ya que su hermano usualmente se encargaba de la misma.

Salió afuera, agarró la escalera y la colocó por debajo del tejado. Debía subir tan solo, ocho escalones. Parecía algo fácil, hasta que llegó al séptimo escalón.

Una sensación de escalofríos se adueñó de Juan. Pocos segundos después, pudo ver como su mano izquierda, donde tenía la bolsa, le comenzaba a temblar. Se

encontraba desconcertado, nada de esto jamás le había pasado. Intentó pasar su pie derecho al octavo escalón, el cual por la lluvia se encontraba mojado. Nunca llegó apoyarlo, ya que los temblores habían llegado también a su pierna. El ruido que generaba la bolsa de nylon debido a su mano temblante, no lo dejaba pensar, lo paralizaba.

Le dedicó unos diez segundos a pensar con claridad y entendió que sentía miedo, que todo esto seguramente era una fobia, eso de lo que tanto le hablaba su amigo. Su borrego derecho nunca tocó ese último escalón, soltó la bolsa y dejó que se vuela. Bajó la escalera, entró a la casa y sin hablar con su madre, se acostó a dormir.

La discriminación como arma mediocre

Agustín Parini

Los derechos de las mujeres en todo el mundo han evolucionado en los últimos 50 años. La discriminación aún existe, sin importar el siglo en que nos ubiquemos. Hubo un caso, en marzo del 2014 en Chile, en el que una mujer acudió a un restaurante donde decidió amamantar a su bebé.

El dueño de restaurante se le acercó y le pidió que se cubriera para no tener problemas con los otros comensales. El acto desató la indignación de miles de ciudadanas del país trasandino. Ella se quedó paralizada y le preguntó al dueño el porqué de esa decisión y él sostuvo que al lado de ella se encontraban unos jóvenes almorzando, a lo que la mujer respondió que cuál era el problema si es algo natural. El bebé no paraba de llorar así que decidieron irse.

Al ver su reacción, el dueño los persiguió para darle una explicación pero ella no quiso escucharlo y se sentó en el banco de una plaza, donde siguió amamantando a su hijo.

El video se filtró por las redes sociales, y muchas personas del género femenino se enteraron del caso y decidieron organizar una “Tetada por la libertad de amamantar en público”, en una plaza de aquel país.

Aunque no lo crea, usted ha logrado mucho

Germán Petroselli

Él no cree haber logrado mucho, dice no haber llegado a su objetivo, debido a esto le voy a asegurar que sí ha logrado mucho en mí. Este señor vive con el objetivo de romper lo establecido, sostiene que hay que cuestionar todo. Tanto desde las calles como desde la clandestinidad, hay que convertir el cuestionamiento en lucha.

Es un señor que nació en la Argentina, pero para decidió luchar por el mundo. Vivía en dictaduras y democracias, y nunca se quedó ni se quedará callado, poniendo la fuerza en su zurda da batalla a la injusticia. Los “poderosos” intentaron dominar el mundo y él, con todas sus fuerzas se opone a eso porque mundo hay uno solo.

Rudo como madre que protege a su cría, unida como un gran bloque y valiente como Maradona ridiculizando ingleses, debe ser la América Latina con la que él sueña hacer la revolución. Nunca bajaste los brazos y aunque la justicia te mire de costado y favorezca al poderoso, vos, yo y todos los que te conozcan seguiremos en la lucha.

Por último sepa usted, señor lector, que si pelea por su sueño de una forma u otra lo va a lograr.

Un círculo sin fin

Martina Polín

Estaban los cuatro sentados, mirándose las caras en sentido circular alrededor de la mesa. Terminaban de cenar, cuando de repente, la hija que cumple también el rol de la hermana mayor, se levanta y regresa luego de unos minutos.

—¿Así vas a ir Jose?— exclama en un tono de desconcierto su padre.

—¿Así cómo papá? ¿Qué tengo?— responde Josefina con alto grado de intolerancia, perdiendo la postura sobre los tacos alargados que llevaba puestos.

—No sé, así... Con esa pollera tan corta...

Y antes de que siguiera su hija lo interrumpe.

—¡¡Ay papá!! Siempre lo mismo. Córdala con eso de lo largo o lo corto, lo apretado. Ni siquiera vos sabés qué decir exactamente— dice Josefina sin esperar respuesta alguna, y se va del comedor.

—¿A vos te parece Mariano a esta altura del partido decir y pensar esas cosas?— pregunta la madre decepcionada.

—Después se quejan de que le gritan cosas...

—¡¡No, no, no!!! Eso no te lo voy a permitir de ninguna manera!!

—Tengo razón, así vestidas por la calle, y más yendo a bailar y a emborracharse por ahí. Si no se cuidan ustedes mismas, ¿Cómo pretenden que los demás lo hagan?

—Yo no puedo creer lo que estás diciendo papá, no te reconozco. En realidad, sí, si siempre lo decís pero me cuesta reconocerlo y reconocerte—le dice Josefina de vuelta en el comedor, y habiendo escuchado la discusión entre su madre y su padre.

—Y si seguís pensando así, prefiero que conmigo no hables más—termina de aclararle y se larga, con un rostro totalmente desfigurado, apagado, que denotaba angustia...Mucha angustia.

La primera vez

Luisana Suárez

Chris se levantó de su asiento lanzando un débil grito de alegría, cogió la blonda cabeza entre sus manos, con una gentileza que recordaba los tiempos pasados y la besó. Sus dedos estaban fríos como el hielo y sus labios abrazaban como el fuego, pero Abby no flaqueó y lo besó de vuelta.

De un momento a otro, Chris se encontraba recostado y Abby sentada sobre él. Los besos de ella comenzaron a bajar de la mejilla hasta llegar al cuello donde comenzó a brindarle pequeños besos mortales, entre besos hincaba sus dientes o rosaba su piel con la punta de la lengua para dejarle alguna marca. Mientras, con sus manos acariciaba su bien marcado torso. Chris se reía mientras la abrazaba pegando aún más sus cuerpos, giró haciéndola quedar nuevamente debajo de él.

—Sabes que soy tuyo. No necesitas dejarme marcas— dijo sensualmente en los labios de Abby.

—Lo sé. Pero me gusta hacerlo— le mencionó al mismo tiempo que ladeaba su cabeza para hacer otro en su cuello y luego volver a sus labios.

Los besos, caricias y miradas iban perdiendo inocencia, cada vez eran más intensas y extasiantes. Abby, decidida, comenzó a bajar la última prenda que cubría el cuerpo de Chris, él rápidamente abrió los ojos y tomó su mano.

—Abby si tu...—comenzó a hablar entrecortadamente.

—Sí, estoy lista— ella lo interrumpió mientras acariciaba su mejilla. —Quiero que seas tú—susurró sobre sus labios.

De profecías a realidades

Ileana Vallejos

Eran las diez de la mañana, un día típico de verano. De repente, sonidos fuertes; no entendía nada. Ella estaba ahí, parada mirando a su alrededor. El cielo se tornó oscuro, hacía mucho calor, la tierra temblaba, gente gritaba y corría por todos lados.

De pronto, uno de sus miedos volvió a su mente. Parecía el fin del mundo, ese miedo que rondaba en su cabeza se hacía realidad. Lo primero que vino a su mente fueron sus hijos, Lucas y Francisco ¿Dónde estaban? ¿Cómo buscarlos? Fran se encontraba en la escuela y Lucas en casa de su papá.

Pensó en ir a buscar primero a Fran, se encontraba más cerca. Salió de su estado de miedo y se fue con lo puesto, sin pensar en nada más. Como si todo lo que la rodeaba se desvaneciera.

Sorteando los movimientos de la tierra, las personas corrían desesperadas, buscando cada uno salir de esa situación, sabiendo que igual que yo que se acababa el mundo.

Al no tener un medio en el que llegar más rápido a sus hijos, pensó en qué había. En la vereda, al salir, vio el auto de su vecino, que por motivo incierto, estaba abierto. Había pensado que, como el resto, salió asustado o corriendo de pronto. Mirando para todos lados vio la oportunidad de ir en busca de sus hijos. No lo dudó, se subió y arrancó.

La escuela a la que Fran asistía no estaba lejos. Al llegar, un poco de ese miedo, se había disipado. Los vio ahí mirando para todos lados, estaban Fran y Lucas juntos.

Lucas como buen hermano mayor en lo primero que pensó fue en ir a buscar a Fran. Nos abrazamos muy fuerte.

De pronto, caímos en la realidad que nos rodeaba. Sabíamos que era inevitable. La muerte de todos estaba próxima.

Encuentro lejano del soviético tipo

Nahuel Verón

Durante la guerra fría, la confrontación entre sus grandes beligerantes se hacía más fuerte pasando los años. A pesar de este enfrentamiento, dos tipos hallaron un hueco telefónico, logrando así el primer contacto entre dos polos completamente opuestos antes del teléfono rojo.

—Hola ¿Con quién hablo?— pregunta un estadounidense con particular acento del sur.

—¿Está Sofía por allí?— interroga el sujeto de voz gruesa.

—¿Quién? ¿Sofía? ¡Sofía será tu abuela! Aquí no hay ninguna Sofía— afirmó. —Más te vale que no te refieras a mi hija.

—No, para nada, conociendo al suegro... Escúcheme ¿usted sabe dónde está el Kremlin?

—¿Y eso qué es? ¿Una nueva marca de jabón? Avísame si es buena así cambio la que estoy usando ahora.

—Muy bien ¿Sabe qué? ¡Olvídelo!— exclama con furia.—¡Buscaré como llegar yo solo!

—Espere hombre, no se enoje. No se le ocurra ir caminando, el calor es horrible.

—¿Calor? Hay temperaturas bajo cero.

—¿Bajo cero? Es duro vivir en Alaska parece.

—¿Qué diablos es un Alaska? ¡Por la madre patria! Siempre me tocan tarados. Es como si lidiara con esos malditos yankees ¡Un soviético!

Se cuelga el teléfono, automáticamente, el sureño marca otro número.

—Roger, tengo que contarte algo. Después te pago lo que te debo, pero escúchame.

Una carta de lágrimas

Alan Zárate

Un día como cualquier otro, Juan, un chico nueve años, se dirigía a la escuela, desganado y triste a causa de lo que ese día en particular le generaba en su interior. Ya era tarde y tenía educación física, a la cual no le gustaba asistir porque no sabía jugar bien a ningún deporte. Y debido a eso, sus compañeros y compañeras se burlaban, logrando que Juan viva un verdadero infierno anímico.

Juan era un excelente estudiante, un buen compañero y responsable, incapaz de causarle algún tipo de daño a nadie. Cuando era molestado, él solo disimulaba su tristeza mezclada con la furia que le despertaba las acciones de burla que recibía, y hacía de cuenta que no le afectaba, mientras intentaba buscar el origen de las agresiones.

Luego de dos años viviendo este tipo de situaciones cotidianamente, y ya sin poder guardárselo más, decidió hablarlo con sus padres con los cuales creía tener una relación muy afectiva, aunque a su vez resultaba fría y distante para algunos temas. Fue así que cuando lo comentó con ellos, recibió una dura respuesta, ya que ellos solo le dijeron que aprenda a jugar a algo y que se hiciera "hombre". Al no obtener una respuesta satisfactoria por parte de sus padres, optó por charlarlo con varios profesores de la institución, pero solo encontraría respuestas marcadas de indiferencia.

Ya encontrándose sumergido en la soledad y la marginalidad, cayó en una gran decepción, la cual lo llevó a dejar una carta que se encontró horas después de su muerte, la misma se hallaba húmeda y debajo una pila de libros sobre deporte.

Al leer la carta, el papá y la mamá de Juan ya acongojados, descubrieron que el origen de esa humedad en el papel eran de lágrimas y que su hijo se había suicidado.